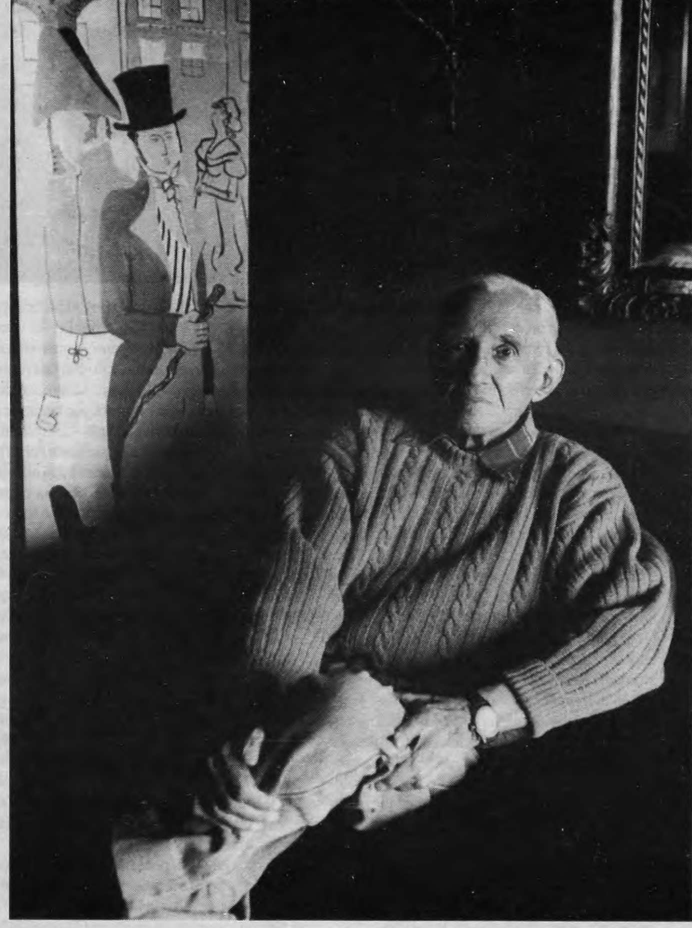
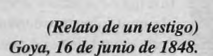
MOLINA



En el prólogo a su libro *Una sombra donde sueña Camila O'Gorman,* uno de cuyos capítulos se titula "La fiesta de la delación", Enrique Molina decía: "Un hecho, un personaje histórico tiene una faz externa, concreta, pasible de ser sometida a un juicio de valor. Y además una carga sentimental, surgida de un consenso general, una especie de energía que fascina o rechaza y opera como un elemento desencadenante de imágenes mentales que rescatan de lo profundo los más diversos contenidos, en una total libertad. Escenas en perpetuo movimiento, que fluyen paralelas al suceso que las provoca, del cual constituyen su fondo secreto, su dimensión de sueño. Del mismo modo que es posible un análisis sociológico, económico, etc., de la historia, imagino también un análisis poético dirigido a captar esa última resonancia de la misma, ya sólo en el tiempo puro de la conciencia". Para Molina, Camila O'Gorman, convertida en mito, es la heroína más resplandeciente y exaltante de este país. "Ultrajada y asesinada en nombre de una moral opresora, jamás su trágica imagen dejará de estar presente en todo corazón donde el amor sea aún la única fuerza capaz de restituir al ser todo cuanto de dignidad y de belleza encierra el mundo". Los hechos suceden en 1828, en pleno período rosista, una época que niega a la mujer cualquier posibilidad de realización, dejándole sólo la perspectiva de "la vida conyugal, la domesticidad y la sumisión".

Presentación: Guillermo Piro





(Relato de un testigo)
Goya, 16 de junio de 1848.

Soy de los primeros en llegar. Me detengo ante la casa de don Esteban Perichon, juez de Paz de Goya, invitado a una reunión o agasajo que quiere compartir con sus amistades. Por uno de los balcones de la casa, abiertos por el calor, alcanzo a ver, quién sabe dónde, un gran salón iluminado en el que ya se encuentran algunas personas, hombres y mujeres, cuyos rostros no alcanzo a distinguir por la distancia. Sin embargo, percibo el brillo de sus dientes, las joyas y las sonrisas de las damas. Una de las paredes del salón es una abrupta barranca, cubierta en parte de malezas. Al pie de la misma se halla el piano y en lo alto asoman pequeños monos del aire, de corazón cálido. Se festeja un acontecimiento íntimo y aún nadie –ni yo, por supuesto– sabe en qué remoto escenario de muerte terminarán los hilos de este oscuro cumpleaños, aniversario de bodas o lo que sea. Las casas, las calles, la iglesia y los campos próximos giran en la sombra de la noche, lenta, casi imperceptiblemente, alrededor de la plaza, con sus perros y demás animales, cuya inocente naturaleza comparte así el sentimiento primordial del hombre: la inestabilidad.

Una de las silenciosas servidoras de la casa, la piel recubierta de un aceite remoto, con ese color de panal o tabaco, avanza lentamente desde el interior, sus vestidos ondulan apenas en una atmósfera densa, extiende el brazo derecho y abre la puerta de hierro. Estoy ante sus ojos de un negro profundo, de toda ella irradia una sensualidad difusa. Su cuerpo inicia un movimiento de rotación, nuevas fases del mismo aparecen a la vista, sucesión de curvas y redondeces que se desplazan, una espesa mata de pelo, partida al medio y prolongada por dos trenzas, sustituye su rostro, que ha desaparecido como en un eclipse. Ante mí veo ahora la tensa superficie de la espalda, y comienzo a seguir ese cuerpo cubierto en parte por una descolorida tela roja, mientras camina hacia un punto que ignoro, los pies descalzos, a través de un patio inmenso bordeado por enormes copones de mármol, posados sobre altos pedestales y de los que desbordan helechos. A gran distancia, más allá de los potreros y lagunas que costeamos, brilla la luz de la sala. Es posible que también haya allí montes y plantaciones, pero ante todo, en primer plano, cuelgan las trenzas velludas de la mujer, se balancean con un vaivén lateral, las puntas rozan el vestido donde aparece más tenso por la presión de sus formas. Enseguida, en mi pantalla mental surgen sus nalgas con absoluta nitidez, el Paraíso canta en su hendidura, en el fosforescente y sagrado orificio, en el esfínter constelado y oculto en el [illegible]io de esas redondeces hechiceras, el opulento planeta carnal en la soledad del espacio, balanceándose con el ritmo del verano, lleno de vibraciones y oscilaciones bajo la delgada capa de la tela que lo cubre y a través de la cual resplandece con un brillo inextinguible. Toda una orilla del patio se pierde en los esteros, un paisaje acuático lleno de garzas. Las Aguas Madres y la tierra compartiendo sin furia esa vasta extensión, en un equilibrio indolente, en que uno y otro elemento alternan y se entrecruzan con dulzura, engendrando los bellos pajonales donde duermen las víboras, poblados por estatuas de una blancura fantasma.

Entro en la sala, estoy de pie ante las señoras sentadas en sillas rojas, con las gargantas y los brazos desnudos. Saludo a los dueños de casa, la mujer de la puerta se pierde de vista en la dilatada superficie del patio, pero todavía aspiro su aroma de flores calientes, de crines y humo, como en la infancia, cuando esas sirvientas, grandes como nubes, abrían profundas cavernas en la noche, cuevas resplandecientes en las cuales yacían, divinidades cobrizas, y yo no he traicionado su culto, no he dejado de adorar sus maleficios y sus poderes, las oía cantar al lado de un brasero, deslumbrado por las nubes de chispas que surgían de sus planchas de carbón al abanicarlas, las espiaba en sus santuarios llenos del humo de sus cigarros, las blusas entreabiertas, cantaban en un idioma adormecedor, como esas voces que suben del fondo de los aljibes.

Las conversaciones de las señoras son chismes de vecindario, fallecimientos, bodas, genealogías, gallinas. Reaparece la sirvienta. ¡Dios mío, qué bella es! Llega desde las fuentes del Amazonas, todavía está cubierta de sudor, se ha instalado en la cocina, en medio de los bananos, quién sabe qué fuego arderá en su velorio, y ella todavía un poco ebria en su ataúd de los cocoteros, liando su tabaco con una risita, pero no está en la cocina, se desviste a la luz de un farol de kerosén, se quita la enagua escarlata por encima de la cabeza, y entonces, un instante, se ven sus axilas llenas de pelos húmedos, ese jardín empapado por jugos sublimes, la espesa sombra de vellos, la negra esponja que chorrea sus grandes estrellas destiladas por el polvo y la carne. Del techo del rancho cuelgan guirnaldas de papel, en los muros hay calabazas y un santo, el mísero quilombo con una botella de caña medio vacía, la cama de hierro con la colcha tejida, con larguísimos flecos, y la andrajosa cortina en la ventana.

Se ha tendido de espaldas, su cuerpo cobrizo fuera de toda protección, el indolente cuerpo analfabeto y primordial, instaurado para el crimen y el desamparo, señoreado por la turbia violencia del macho, flexiona las piernas, con las rodillas en alto, el talón firmemente apoyado sobre la cama, sobre la cima de mi corazón. Por su vientre pasan el sol y la luna, la misteriosa conexión con las entrañas del cielo, resonando con una profunda marejada en lo ciego de mi sangre, cruzó el patio y desapareció de mi vista por la puerta del fondo, hace diez mil años el vaho de sus trenzas me hacía llorar a gritos, toda una siesta corría tras ella, con la boca seca, por un arenal, un niño perseguido por las avispas en pos de una criatura inexistente, en pos de espejismos que eran sus labios, su risa, sus piernas, una mirada. La espiaba. La sorprendía junto con las otras, tendidas en los catres, en esas piezas de la servidumbre que olían a polvos baratos, paja seca, a sueño y a carbón. Cohabitaban y hacían el amor con animales peludos y dulces, tiernos pero de una tiranía invariable, total, a la cual se sometían con los ojos encendidos, soportaban sus mordeduras y sus azotes, las vigilaban agazapados a sus pies mientras dormían, las olfateaban continuamente, husmeando en su sexo, en sus orejas, en su nuca, insomnes. Había descubierto su secreto y tiemblo al pensarlo. Esas bestias eran sus amos, sus verdugos, les hacían exhalar profundos suspiros y ellas una vez más se precipitaban hacia mi alma como un reverbero.

Estamos en junio pero la temperatura es todavía cálida, sobre mi cabeza gira una nube de insectos, uno que otro caballo asoma la cabeza por el balcón, observa un momento la reunión y se retira, los invitados conversan, beben sorbetes y licores. Rodeada por espesa barba negra la boca del dueño de casa, en cuyos labios introduce a intervalos la punta de un cigarro, emite hacia mí el flujo de una onda verbal: *he aprovechado la ocasión para...* (la voz se pierde en el ruido)... *desde el Paraguay de paso a...* (vuelve a alejarse la voz)... *aprovechando su breve estadía...* etc. Me señala con la cabeza a los tres señores forasteros que ha invitado, uno de ellos rubicundo y obeso, un ministro de Dios, o tal vez no. Me desplazo desde la vecindad del señor Perichon hasta la vecindad del señor don Gregorio Araujo, hacendado de Goya, con quien hablo de vacas, cosechas de tabaco y de una partida de pesca; junto con él está Lila Mora y Araujo, una remota parienta suya, que no conocerá nunca, nacida muchas generaciones después, rubia y vibrante, va y viene, habla con los asistentes, sonríe, flota en lo alto, sobre las cabezas de la concurrencia, en una invisible corriente en marcha hacia el fin de la noche, su espinazo de una elasticidad vegetal hace pensar en sus ondulaciones de amor, se desliza como un raudo pez de la atmósfera, hablo con ella, su voz pasa sobre mis frases, con una calidad esencialmente orgánica, visceral, en la que entra en juego todo su ser, sus cabellos, sus senos, sus recuerdos, cada una de sus fibras nerviosas, y más lejos aún, su infancia, sus besos, gira con grandes círculos en el aire, desaparece hacia los esteros, una invitada. Ingiero un grave vaso de ginebra, seguido, tras un prudente intervalo, por otro vaso de ginebra, la botella se eleva sostenida por la mano de don Santiago Alvarez, hacendado de Goya, se posa en el borde de mi copa, vierte en ella una fosforescente porción de su contenido, inclinada sobre una pileta la sirvienta que me condujo se lava la cabeza, dos gallinas picotean cerca de sus piernas desnudas, la espuma del jabón se mezcla a la negra, empapada masa de sus cabellos, se restriega el cráneo, sus cabellos se tornan cada vez más pesados, más cargados de agua, de jabón, de lluvia, de soles, refulgen, la mujer se dobla sobre el borde de la pileta, ya incapaz de soportar el peso de la cabellera, arrastrada hasta el centro de la tierra, esclava de una cabellera de plomo, del peso irresistible del más mínimo gesto que se hace en el tiempo, en la centelleante plenitud del universo, ahora se ha dormido, extenuada, yace desnuda debajo del piano, de bruces sobre sus pechos, roncando suavemente, con la cabeza apoyada de perfil sobre uno de sus brazos, pero en realidad se aleja con un paso remoto, canturrea algo, en dirección al rancho donde la espera un hombre recostado contra el tronco de un árbol, ambos se funden en un violento abrazo, indiferentes a la reunión donde bebo otra copa de ginebra, la mano de ella entre las piernas de él, bebo otra copa de ginebra, la reunión entera flota en el polvo impalpable que envuelve aquí las almas.

Una mujer joven, con los hombros y los brazos desnudos, se sienta al piano, sus manos recorren el teclado, del que se eleva una inmensa luna roja que desaparece al cesar la música. La mujer se comunica con el instrumento de una manera pasional, el piano está recubierto de piel negra, de largos pelos, se contrae o se dilata según las notas. La pianista desciende por una interminable escalera de caracol en el edificio de un hotel, en cada piso hay pasillos larguísimos que se pierden de vista, sus senos saltan al unísono de escalón en escalón, viste un tenue camisón de gasa que comienza a arder por uno de sus bordes, se lanza violentamente hacia mí envuelta en llamas, con los ojos entrecerrados, todo su cuerpo se abandona a la música que sus propias manos despiertan. Estoy de pie a su lado, junto al taburete, mis actos son inevitables, cubro de besos sus hombros, mi boca comienza a descender por su espalda desnuda, de vértebra en vértebra, ha lanzado un grito, un hombre se precipita hacia mí con un

"La fiesta de la delación", de *Una sombra donde sueña Camila O'Gorman*, de Enrique Molina (Seix Barral).



Una sombra donde sueña Camila O'Gorman

(Relato de un testigo)
Goya, 16 de junio de 1848.

Soy de los primeros en llegar. Me detengo ante la casa de don Esteban Perichon, juez de Paz de Goya, invitado a una reunión o agasajo que quiere compartir con sus amistades. Por uno de los balcones de la casa, abiertos por el calor, alcanzo a ver, quién sabe dónde, un gran salón iluminado en el que ya se encuentran algunas personas, hombres y mujeres, cuyos rostros no alcanzo a distinguir por la distancia. Sin embargo, percibo el brillo de sus dientes, las joyas y las sonrisas de las damas. Una de las paredes del salón es una abrupta barranca, cubierta en parte de malezas. Al pie de la misma se halla el piano y en lo alto asoman pequeños monos del aire, de corazón cálido. Se festeja un acontecimiento íntimo y aún nadie –ni yo, por supuesto– sabe en qué remoto escenario de muerte terminarán los hilos de este oscuro cumpleaños, aniversario de bodas o lo que sea. Las casas, las calles, la iglesia y los campos próximos giran en la sombra de la noche, lenta, casi imperceptiblemente, alrededor de la plaza, con sus perros y demás animales, cuya inocente naturaleza comparte así el sentimiento primordial del hombre: la inestabilidad.

Una de las silenciosas servidoras de la casa, la piel recubierta de un aceite remoto, con ese color de panal o tabaco, avanza lentamente desde el interior, sus vestidos ondulan apenas en una atmósfera densa, extiende el brazo derecho y abre la puerta de hierro. Estoy ante sus ojos de un negro profundo, de toda ella irradia una sensualidad difusa. Su cuerpo inicia un movimiento de rotación, nuevas fases del mismo aparecen a la vista, sucesión de curvas y redondeces que se desplazan, una espesa mata de pelo, partida al medio y prolongada por dos trenzas, sustituye su rostro, que ha desaparecido como en un eclipse. Ante mí veo ahora la tensa superficie de la espalda, y comienzo a seguir ese cuerpo cubierto en parte por una descolorida tela roja, mientras camina hacia un punto que ignoro, los pies descalzos, a través de un patio inmenso bordeado por enormes copones de mármol, posados sobre altos pedestales y de los que desbordan helechos. A gran distancia, más allá de los potreros y lagunas que costeamos, brilla la luz de la sala. Es posible que también haya allí montes y plantaciones, pero ante todo, en primer plano, cuelgan las trenzas velludas de la mujer, se balancean con un vaivén lateral, las puntas rozan el vestido donde aparece más tenso por la presión de sus formas. Enseguida, en mi pantalla mental surgen sus nalgas con absoluta nitidez, el Paraíso canta en su hendidura, en el fosforescente y sagrado orificio, en el esfínter constelado y oculto en el [illegible] de esas redondeces hechiceras, el opulento planeta carnal en la soledad del espacio, balanceándose con el ritmo del verano, lleno de vibraciones y oscilaciones bajo la delgada capa de la tela que lo cubre y a través de la cual resplandece con un brillo inextinguible. Toda una orilla del patio se pierde en los esteros, un paisaje acuático lleno de garzas. Las Aguas Madres y la tierra compartiendo sin furia esa vasta extensión, en un equilibrio indolente, en que uno y otro elemento alternan y se entrecruzan con dulzura, engendrando los bellos pajonales donde duermen las víboras, poblados por estatuas de una blancura fantasma.

Entro en la sala, estoy de pie ante las señoras sentadas en sillas rojas, con las gargantas y los brazos desnudos. Saludo a los dueños de casa, la mujer de la puerta se pierde de vista en la dilatada superficie del patio, pero todavía aspiro su aroma de flores calientes, de crines y humo, como en la infancia, cuando esas sirvientas, grandes como nubes, abrían profundas cavernas en la noche, cuevas resplandecientes en las cuales yacían, divinidades cobrizas, y yo no he traicionado su culto, no he dejado de adorar sus maleficios y sus poderes, las oía cantar al lado de un brasero, deslumbrado por las nubes de chispas que surgían de sus planchas de carbón al abanicarlas, las espiaba en sus santuarios llenos del humo de sus cigarros, las blusas entreabiertas, cantaban en un idioma adormecedor, como esas voces que suben del fondo de los aljibes.

Las conversaciones de las señoras son chismes de vecindario, fallecimientos, bodas, genealogías, gallinas. Reaparece la sirvienta. ¡Dios mío, qué bella es! Llega desde las fuentes del Amazonas, todavía está cubierta de sudor, se ha instalado en la cocina, en medio de los bananos, quién sabe qué fuego arderá en su velorio, y ella todavía un poco ebria en su ataúd de los cocoteros, liando su tabaco con una risita, pero no está en la cocina, se desviste a la luz de un farol de kerosén, se quita la enagua escarlata por encima de la cabeza, y entonces, un instante, se ven sus axilas llenas de pelos húmedos, ese jardín empapado por jugos sublimes, la espesa sombra de vellos, la negra esponja que chorrea sus grandes estrellas destiladas por el polvo y la carne. Del techo del rancho cuelgan guirnaldas de papel, en los muros hay calabazas y un santo, el mísero quilombo con una botella de caña medio vacía, la cama de hierro con la colcha tejida, con larguísimos flecos, y la andrajosa cortina en la ventana.

Se ha tendido de espaldas, su cuerpo cobrizo fuera de toda protección, el indolente cuerpo analfabeto y primordial, instaurado para el crimen y el desamparo, señoreado por la turbia violencia del macho, flexiona las piernas, con las rodillas en alto, el talón firmemente apoyado sobre la cama, sobre la cima de mi corazón. Por su vientre pasan el sol y la luna, la misteriosa conexión con las entrañas del cielo, resonando con una profunda marejada en lo ciego de mi sangre, cruzó el patio y desapareció de mi vista por la puerta del fondo, hace diez mil años el vaho de sus trenzas me hacía llorar a gritos, toda una siesta corría tras ella, con la boca seca, por un arenal, un niño perseguido por las avispas en pos de una criatura inexistente, en pos de espejismos que eran sus labios, su risa, sus piernas, una mirada. La espiaba. La sorprendía junto con las otras, tendidas en los catres, en esas piezas de la servidumbre que olían a polvos baratos, paja seca, a sueño y a carbón. Cohabitaban y hacían el amor con animales peludos y dulces, tiernos pero de una tiranía invariable, total, a la cual se sometían con los ojos encendidos, soportaban sus mordeduras y sus azotes, las vigilaban agazapados a sus pies mientras dormían, las olfateaban continuamente, husmeando en su sexo, en sus orejas, en su nuca, insomnes. Había descubierto su secreto y tiemblo al pensarlo. Esas bestias eran sus amos, sus verdugos, les hacían exhalar profundos suspiros y ellas una vez más se precipitaban hacia mi alma como un reverbero.

Estamos en junio pero la temperatura es todavía cálida, sobre mi cabeza gira una nube de insectos, uno que otro caballo asoma la cabeza por el balcón, observa un momento la reunión y se retira, los invitados conversan, beben sorbetes y licores. Rodeada por espesa barba negra la boca del dueño de casa, en cuyos labios introduce a intervalos la punta de un cigarro, emite hacia mí el flujo de una onda verbal: *he aprovechado la ocasión para...* (la voz se pierde en el ruido)... *desde el Paraguay de paso a...* (vuelve a alejarse la voz)... *aprovechando su breve estadía...* etc. Me señala con la cabeza a los tres señores forasteros que ha invitado, uno de ellos rubicundo y obeso, un ministro de Dios, o tal vez no. Me desplazo desde la vecindad del señor Perichon hasta la vecindad del señor don Gregorio Araujo, hacendado de Goya, con quien hablo de vacas, cosechas de tabaco y de una partida de pesca; junto con él está Lila Mora y Araujo, una remota parienta suya, que no conocerá nunca, nacida muchas generaciones después, rubia y vibrante, va y viene, habla con los asistentes, sonríe, flota en lo alto, sobre las cabezas de la concurrencia, en una invisible corriente en marcha hacia el fin de la noche, su espinazo de una elasticidad vegetal hace pensar en sus ondulaciones de amor, se desliza como un raudo pez de la atmósfera, hablo con ella, su voz pasa sobre mis frases, con una calidad esencialmente orgánica, visceral, en la que entra en juego todo su ser, sus cabellos, sus senos, sus recuerdos, cada una de sus fibras nerviosas, y más lejos aún, su infancia, sus besos, gira con grandes círculos en el aire, desaparece hacia los esteros, una invitada. Ingiero un grave vaso de ginebra, seguido, tras un prudente intervalo, por otro vaso de ginebra, la botella se eleva sostenida por la mano de don Santiago Alvarez, hacendado de Goya, se posa en el borde de mi copa, vierte en ella una fosforescente porción de su contenido, inclinada sobre una pileta la sirvienta que me condujo se lava la cabeza, dos gallinas picotean cerca de sus piernas desnudas, la espuma del jabón se mezcla a la negra, empapada masa de sus cabellos, se restriega el cráneo, sus cabellos se tornan cada vez más pesados, más cargados de agua, de jabón, de lluvia, de soles, refulgen, la mujer se dobla sobre el borde de la pileta, ya incapaz de soportar el peso de la cabellera, arrastrada hasta el centro de la tierra, esclava de una cabellera de plomo, del peso irresistible del más mínimo gesto que se hace en el tiempo, en la centelleante plenitud del universo, ahora se ha dormido, extenuada, yace desnuda debajo del piano, de bruces sobre sus pechos, roncando suavemente, con la cabeza apoyada de perfil sobre uno de sus brazos, pero en realidad se aleja con un paso remoto, canturrea algo, en dirección al rancho donde la espera un hombre recostado contra el tronco de un árbol, ambos se funden en un violento abrazo, indiferentes a la reunión donde bebo otra copa de ginebra, la mano de ella entre las piernas de él, bebo otra copa de ginebra, la reunión entera flota en el polvo impalpable que envuelve aquí las almas.

Una mujer joven, con los hombros y los brazos desnudos, se sienta al piano, sus manos recorren el teclado, del que se eleva una inmensa luna roja que desaparece al cesar la música. La mujer se comunica con el instrumento de una manera pasional, el piano está recubierto de piel negra, de largos pelos, se contrae o se dilata según las notas. La pianista desciende por una interminable escalera de caracol en el edificio de un hotel, en cada piso hay pasillos larguísimos que se pierden de vista, sus senos saltan al unísono de escalón en escalón, viste un tenue camisón de gasa que comienza a arder por uno de sus bordes, se lanza violentamente hacia mí envuelta en llamas, con los ojos entrecerrados, todo su cuerpo se abandona a la música que sus propias manos despiertan. Estoy de pie a su lado, junto al taburete, mis actos son inevitables, cubro de besos sus hombros, mi boca comienza a descender por su espalda desnuda, de vértebra en vértebra, ha lanzado un grito, un hombre se precipita hacia mí con un cuchillo, sabía que iba a recibir esa herida, a mirar mis ropas empapadas en sangre, la concurrencia flota alrededor como una niebla, pero cada cosa del mundo, cada mujer, cada cuerpo que veo con su perspectiva de placer y de muerte, me precipita a estas situaciones instantáneas, estoy seguro de que ésa es la fórmula tantálica de la realidad, el juego a la vez mágico y desesperado de los sentidos y la imaginación, el punto único en que unos y otra intercambian sus signos, las infinitas situaciones posibles para cada situación, que estallan de pronto, se abren en todas direcciones desde el fondo de la conciencia, multiplican cada acto hasta el infinito.

Ahora ella rodea mi cuello con sus brazos, sus ropas se disuelven mientras soy absorbido hacia lo alto por un remolino de música, percibo mugidos lejanos, marcho sobre las nubes, la mujer del piano es una giganta con una sonrisa imbécil, su cabeza llega hasta el techo, escucho una especie de melopea ritual, ronca y potente, disfrazada bajo las notas de un vals.

Próximos a mí también algunos rostros se agrandan, hasta obstruir toda otra visión, o se reducen de golpe, según se aproximan o se alejan. Don Simón Payva y su señora, sus dos hijas, don Marcelo Denis, don Santiago Baibiene y el señor Juez de Paz, todos de chaleco rojo, rodean a los tres forasteros en el centro de la sala.

De los hombros de uno de ellos pende hasta los pies un largo ropón negro de forma cilíndrica, una sotana, recorrida en su parte delantera por una hilera de botones protuberantes, que recuerdan en cierto modo a esos insectos negros y quitinosos llamados cascarudos, quizás en realidad lo sean, no puede saberse, de todos modos están firmemente cosidos a la tela. Ciertas zonas del fúnebre cilindro ostentan manchas de humedad, de jaleas caseras y vino. A la altura del pecho asoma un crucifijo de hierro sujeto por una cinta.

En su parte trasera, la larga vestidura ritual presenta profundos desgarrones, lugares reducidos a andrajos, sin perder por eso ni su dignidad ni su prestigio, ni su carácter sagrado, propio de una fe escarnecida y sin embargo viva, con un inacallable poder de amor desoído, cuya voz resuena con el coro de sus profetas y sus santos, de sus mártires y sus doctores, con el eco atronador de un mensaje del cielo grabado por el rayo sobre las montañas y los mares.

Pese a su extremo desaseo, el largo ropón del invitado del señor Perichon no deja de revestir a su dueño, a los ojos de los presentes, de una solemne pompa de ceremonia. En la parte superior del cráneo del sacerdote, por otra parte, es visible un pequeño círculo en el cual el cuero cabelludo aparece al descubierto, blanco, recién afeitado, y en cuyo centro una gruesa mosca verde se posa de manera inalterable. Durante toda la tertulia el insecto, de proporciones mucho mayores que las de su especie, permanece entregado a una prolija operación de desove.

Dialogo ahora con don Esterón Madariaga, hombre extraño y profético, afincado desde su nacimiento en la región de las Aguas Madres, donde hay días en que aparecen tres cielos consecutivos, y otros en los que se ven pasar suavemente anchas hojas de tabaco y ramas de dátiles flotando en el aire, seguidas por bandadas de pájaros. Don Esterón conoce milagros, trata con las luces errantes, conoce todos los lugares en los que hay tesoros enterrados pero su oro es aún más ardiente, cubre la región entera, desde la más pequeña mata de pasto a la pluma más alta de la más lejana garza en vuelo sobre las lagunas. Corrientes se ha infiltrado en su alma, explorador de una zona de ríos subterráneos en los que se navega con pesadas piraguas, el calor produce en los palmares una melodía melancólica que pasa a veces por sus palabras. "Es su inmundicia", dice: acaba de ver al sacerdote guardar una rata viva en uno de los bolsillos de la sotana. Su voz es oráculo. Una pareja cruza el patio –los últimos en llegar–, atraviesa el humo de los asados, no puedo dejar de mirarlos, hay en sus personas algo distinto, pero de una naturaleza delicada y secreta, ella está vestida sin ningún lujo, o mejor, ni siquiera parece vestida, sino como si caminara a través de un campo de altas hierbas y ése fuera su vestido. Su imagen provoca una intensa atracción, pero que no emana sólo de su físico, más bien de una plenitud pasional que trasciende sus rasgos, de un resplandor interior que ilumina sus ojos, avanzan a la par, con un acorde absoluto, al llegar a la sala el señor Perichon les sale al encuentro. Ella es Valentina Desan, él, Máximo Brandier, los maestros.

En ese instante la dilatación de mi tórax, al respirar con ansiedad el aire de la noche, llega a su máximo, gruesas gotas de sudor me cubren la frente. En ciertas ocasiones la noción de la sobrecogedora complejidad del destino, sea el propio o el de otros, es muy lúcida, alcanza una intensidad casi insoportable. Me hallo en el patio. Una gran ansiedad me invade de pronto, la intuición de que algo inaudito va a ocurrir –a cada instante algo inaudito ocurre, el Gran Azar hace su juego en la sombra.

La pareja se ha reunido con el dueño de casa, hay en ambos una transferencia de dicha, una total seguridad, como si mutuamente adivinaran, antes de hacerlos, cada uno de sus gestos, fuera de toda reflexión, movidos por un instinto infalible. Sonríen a los convidados. La mujer viste un ropaje empapado que se le pega al cuerpo, acaban de sacarla del río, quizá se había ahogado pero fue sólo un mal sueño, pescaban al sol. El está en cuclillas ante unas ramas, al parecer se dispone a hacer fuego, en ese lugar desierto. Los cabellos de ella chorrean aún, quizá tenga frío. De una manera natural se establece cierta preponderancia de ambos sobre el resto de los presentes, pero no altanera, sino nacida de la profunda resonancia del mundo en sus almas. Por un instante se vuelven hacia mí. Al final del patio, lejísimo, un campo se incendia.

El señor Perichon conduce a los recién llegados hasta el grupo donde se encuentra el sacerdote forastero. Los presenta. Estoy lejos, con otras personas, no alcanzo a percibir las voces, sólo veo la escena.

El hombre de la sotana ruinosa mira fijamente a la mujer, las aletas de su nariz, de un intenso color azul, se dilatan, su mirada recorre el opulento cuerpo femenino, estrías verdosas surcan las mejillas y la frente del individuo, sus orejas vibrátiles se agitan con violencia.

A continuación se vuelve hacia el joven que la acompaña, con un golpe rapidísimo lanza hacia él una lengua negra, redonda y delgada como un cordón, su boca adquiere un aspecto sulfuroso. Brandier da un salto atrás como si acabara de pisar una víbora, y en el patio del fondo los bananos sacuden con fuerza las hojas, un gato lanza un aullido lastimoso. Valentina Desan, presa de una tristeza inmensa, se interpone entre ambos con un violento ademán tan tierno que despierta una sorda emoción entre los espectadores. La cabellera se le derrama sobre la espalda.

El rostro de la mujer invoca la vida de una manera insensata. Ve la comida en el fuego, la cama que los espera, las cosas en la habitación, el sol de dormir juntos, abraza a su compañero como para protegerlo, con un fervor sin esperanza. Es evidente que acaba de ocurrir algo como una profunda fractura en la relación de las imágenes que contemplo.

En efecto, tras las palabras pronunciadas por el sacerdote, desde lo alto del barranco cae una comadreja y se estrella sobre el piano, la escena se transforma, la sala es un sitio baldío lleno de yuyos donde cantan los sapos. Con una mezcla de asombro y abominación la concurrencia corea dos nombres malditos: ¡Camila O'Gorman! ¡Ladislao Gutiérrez! ¿Pero es Camila O'Gorman? ¿Es Ladislao Gutiérrez...? ¿La demonia que orina sobre el Papa y canta en el altar? ¿El sacerdote que mordía los senos a la Virgen de Luján? ¿La blasfema que se pinta una cruz en las nalgas y las exhibe en el confesionario? ¿El sacerdote que viola a las comulgantes con la hostia en la boca? ¡Sí, son ellos! Todos pueden verlos, señoras y señores, entran juntos en el pobre dormitorio que instalaron en Goya, acarician con todo el dolor humano los hierros de la cama, la mesa tendida con dos platos, la silla donde hay una enagua y una camisa, las paredes blanqueadas, la botella y el vaso, sentados sobre una piedra, desposeídos de todo, ven la mujer de un rancho que sirve la comida a su hombre, el humo de la olla, la oscura, sobrecogedora gloria de los gestos cotidianos, los besos ajenos, las cosas ahora más indeciblemente bellas e imposibles. ¿Es Camila O'Gorman? ¿Es Valentina Desan? ¿Es Ladislao Gutiérrez? ¿Es Máximo Brandier? El dueño de casa preside la ceremonia, inicia la danza con grandes saltos, se aprieta las sienes con los puños cerrados, da muestras de gran indignación.

Un insospechado vínculo de familia enlaza la escena con acontecimientos remotos. Esteban Perichon, Juez de Paz de Goya, quien invitó a los maestros a la fiesta, resultó ser Esteban Perichon de Vandeuil, hijo del hermano menor de Ana Perichon de Vandeuil, la "Perichona", la inquietante abuela de Camila. Hace mucho que ha vuelto la espalda a su genealogía, refugiado en ese pueblo perdido. La identidad de la maestra lo aterroriza. ¿Qué sospechas no hará recaer sobre él la aparición, en su hogar, de esa diabólica parienta perseguida por la justicia? Camila O'Gorman, la sacrílega, acaba de ser denunciada en su presencia. Un círculo de gentes amenazadoras se forma en torno de la pareja. Del centro de la tonsura del sacerdote que acaba de hablar, una enorme mosca verde alza vuelo, gira en furiosos espirales.

La sala, el patio, la casa entera, con los bananos del fondo y los invitados, se disuelven por último en el humo, no ha quedado nadie aquí, tampoco la sirvienta existió, sus trenzas se han desatado y hundo en ellas el rostro, su contacto es espeso y suave, lo único real en esta extensión de arena sin fin. Con una expresión grave y remota Ladislao y Camila se dirigen hacia la puerta, que ya tampoco existe, aturdidos por el grito Del Angel, expulsados del Edén. Son los elegidos, los dueños de una dicha terrible, en el desamparo infinito de todo amor.

Ignoro que asisto a los prolegómenos de un crimen, de una tragedia que se cumplirá lejos de aquí, con el estampido de una descarga contra el paredón de una cárcel. Nadie sabe si es de día o de noche. De todos modos la luna se refleja en el Paraná, soy el testigo de una inescrutable jugada del destino. Miguel Gannon, viscoso cura irlandés, hace un instante, ante Máximo Brandier, reconociéndolo, dijo:

–"¿Cómo está usted, padre Gutiérrez, hace mucho que salió de Buenos Aires...?".

Un trueno sordo coronó la Fiesta de la Delación. ■

"La fiesta de la delación", de *Una sombra donde sueña Camila O'Gorman*, de Enrique Molina (Seix Barral).

Una sombra donde sueña

Camila O'Gorman

cuchillo, sabía que iba a recibir esa herida, a mirar mis ropas empapadas en sangre, la concurrencia flota alrededor como una niebla, pero cada cosa del mundo, cada mujer, cada cuerpo que veo con su perspectiva de placer y de muerte, me precipita a estas situaciones instantáneas, estoy seguro de que ésa es la fórmula tantálica de la realidad, el juego a la vez mágico y desesperado de los sentidos y la imaginación, el punto único en que unos y otra intercambian sus signos, las infinitas situaciones posibles para cada situación, que estallan de pronto, se abren en todas direcciones desde el fondo de la conciencia, multiplican cada acto hasta el infinito.

Ahora ella rodea mi cuello con sus brazos, sus ropas se disuelven mientras soy absorbido hacia lo alto por un remolino de música, percibo mugidos lejanos, marcho sobre las nubes, la mujer del piano es una giganta con una sonrisa imbécil, su cabeza llega hasta el techo, escucho una especie de melopea ritual, ronca y potente, disfrazada bajo las notas de un vals.

Próximos a mí también algunos rostros se agrandan, hasta obstruir toda otra visión, o se reducen de golpe, según se aproximan o se alejan. Don Simón Payva y su señora, sus dos hijas, don Marcelo Denis, don Santiago Baibiene y el señor Juez de Paz, todos de chaleco rojo, rodean a los tres forasteros en el centro de la sala.

De los hombros de uno de ellos pende hasta los pies un largo ropón negro de forma cilíndrica, una sotana, recorrida en su parte delantera por una hilera de botones protuberantes, que recuerdan en cierto modo a esos insectos negros y quitinosos llamados cascarudos, quizás en realidad lo sean, no puede saberse, de todos modos están firmemente cosidos a la tela. Ciertas zonas del fúnebre cilindro ostentan manchas de humedad, de jaleas caseras y vino. A la altura del pecho asoma un crucifijo de hierro sujeto por una cinta.

En su parte trasera, la larga vestidura ritual presenta profundos desgarrones, lugares reducidos a andrajos, sin perder por eso ni su dignidad ni su prestigio, ni su carácter sagrado, propio de una fe escarnecida y sin embargo viva, con un inacallable poder de amor desoído, cuya voz resuena con el coro de sus profetas y sus santos, de sus mártires y sus doctores, con el eco atronador de un mensaje del cielo grabado por el rayo sobre las montañas y los mares.

Pese a su extremo desaseo, el largo ropón del invitado del señor Perichon no deja de revestir a su dueño, a los ojos de los presentes, de una solemne pompa de ceremonia. En la parte superior del cráneo del sacerdote, por otra parte, es visible un pequeño círculo en el cual el cuero cabelludo aparece al descubierto, blanco, recién afeitado, y en cuyo centro una gruesa mosca verde se posa de manera inalterable. Durante toda la tertulia el insecto, de proporciones mucho mayores que las de su especie, permanece entregado a una prolija operación de desove.

Dialogo ahora con don Esterón Madariaga, hombre extraño y profético, afincado desde su nacimiento en la región de las Aguas Madres, donde hay días en que aparecen tres cielos consecutivos, y otros en los que se ven pasar suavemente anchas hojas de tabaco y ramas de dátiles flotando en el aire, seguidas por bandadas de pájaros. Don Esterón conoce milagros, trata con las luces errantes, conoce todos los lugares en los que hay tesoros enterrados pero su oro es aún más ardiente, cubre la región entera, desde la más pequeña mata de pasto a la pluma más alta de la más lejana garza en vuelo sobre las lagunas. Corrientes se ha infiltrado en su alma, explorador de una zona de ríos subterráneos en los que se navega con pesadas piraguas, el calor produce en los palmares una melodía melancólica que pasa a veces por sus palabras. "Es su inmundicia", dice: acaba de ver al sacerdote guardar una rata viva en uno de los bolsillos de la sotana. Su voz es oráculo. Una pareja cruza el patio –los últimos en llegar–, atraviesa el humo de los asados, no puedo dejar de mirarlos, hay en sus personas algo distinto, pero de una naturaleza delicada y secreta, ella está vestida sin ningún lujo, o mejor, ni siquiera parece vestida, sino como si caminara a través de un campo de altas hierbas y ése fuera su vestido. Su imagen provoca una intensa atracción, pero que no emana sólo de su físico, más bien de una plenitud pasional que trasciende sus rasgos, de un resplandor interior que ilumina sus ojos, avanzan a la par, con un acorde absoluto, al llegar a la sala el señor Perichon les sale al encuentro. Ella es Valentina Desan, él, Máximo Brandier, los maestros.

En ese instante la dilatación de mi tórax, al respirar con ansiedad el aire de la noche, llega a su máximo, gruesas gotas de sudor me cubren la frente. En ciertas ocasiones la noción de la sobrecogedora complejidad del destino, sea el propio o el de otros, es muy lúcida, alcanza una intensidad casi insoportable. Me hallo en el patio. Una gran ansiedad me invade de pronto, la intuición de que algo inaudito va a ocurrir –a cada instante algo inaudito ocurre, el Gran Azar hace su juego en la sombra.

La pareja se ha reunido con el dueño de casa, hay en ambos una transferencia de dicha, una total seguridad, como si mutuamente adivinaran, antes de hacerlos, cada uno de sus gestos, fuera de toda reflexión, movidos por un instinto infalible. Sonríen a los convidados. La mujer viste un ropaje empapado que se le pega al cuerpo, acaban de sacarla del río, quizá se había ahogado pero fue sólo un mal sueño, pescaban al sol. El está en cuclillas ante unas ramas, al parecer se dispone a hacer fuego, en ese lugar desierto. Los cabellos de ella chorrean aún, quizá tenga frío. De una manera natural se establece cierta preponderancia de ambos sobre el resto de los presentes, pero no altanera, sino nacida de la profunda resonancia del mundo en sus almas. Por un instante se vuelven hacia mí. Al final del patio, lejísimo, un campo se incendia.

El señor Perichon conduce a los recién llegados hasta el grupo donde se encuentra el sacerdote forastero. Los presenta. Estoy lejos, con otras personas, no alcanzo a percibir las voces, sólo veo la escena.

El hombre de la sotana ruinosa mira fijamente a la mujer, las aletas de su nariz, de un intenso color azul, se dilatan, su mirada recorre el opulento cuerpo femenino, estrías verdosas surcan las mejillas y la frente del individuo, sus orejas vibrátiles se agitan con violencia.

A continuación se vuelve hacia el joven que la acompaña, con un golpe rapidísimo lanza hacia él una lengua negra, redonda y delgada como un cordón, su boca adquiere un aspecto sulfuroso. Brandier da un salto atrás como si acabara de pisar una víbora, y en el patio del fondo los bananos sacuden con fuerza las hojas, un gato lanza un aullido lastimoso. Valentina Desan, presa de una tristeza inmensa, se interpone entre ambos con un violento ademán tan tierno que despierta una sorda emoción entre los espectadores. La cabellera se le derrama sobre la espalda.

El rostro de la mujer invoca la vida de una manera insensata. Ve la comida en el fuego, la cama que los espera, las cosas en la habitación, el sol de dormir juntos, abraza a su compañero como para protegerlo, con un fervor sin esperanza. Es evidente que acaba de ocurrir algo como una profunda fractura en la relación de las imágenes que contemplo.

En efecto, tras las palabras pronunciadas por el sacerdote, desde lo alto del barranco cae una comadreja y se estrella sobre el piano, la escena se transforma, la sala es un sitio baldío lleno de yuyos donde cantan los sapos. Con una mezcla de asombro y abominación la concurrencia corea dos nombres malditos: ¡Camila O'Gorman! ¡Ladislao Gutiérrez! ¿Pero es Camila O'Gorman? ¿Es Ladislao Gutiérrez...? ¿La demonia que orina sobre el Papa y canta en el altar? ¿El sacerdote que mordía los senos a la Virgen de Luján? ¿La blasfema que se pinta una cruz en las nalgas y las exhibe en el confesionario? ¿El sacerdote que viola a las comulgantes con la hostia en la boca? ¡Sí, son ellos! Todos pueden verlos, señoras y señores, entran juntos en el pobre dormitorio que instalaron en Goya, acarician con todo el dolor humano los hierros de la cama, la mesa tendida con dos platos, la silla donde hay una enagua y una camisa, las paredes blanqueadas, la botella y el vaso, sentados sobre una piedra, desposeídos de todo, ven la mujer de un rancho que sirve la comida a su hombre, el humo de la olla, la oscura, sobrecogedora gloria de los gestos cotidianos, los besos ajenos, las cosas ahora más indeciblemente bellas e imposibles. ¿Es Camila O'Gorman? ¿Es Valentina Desan? ¿Es Ladislao Gutiérrez? ¿Es Máximo Brandier? El dueño de casa preside la ceremonia, inicia la danza con grandes saltos, se aprieta las sienes con los puños cerrados, da muestras de gran indignación.

Un insospechado vínculo de familia enlaza la escena con acontecimientos remotos. Esteban Perichon, Juez de Paz de Goya, quien invitó a los maestros a la fiesta, resultó ser Esteban Perichon de Vandeuil, hijo del hermano menor de Ana Perichon de Vandeuil, la "Perichona", la inquietante abuela de Camila. Hace mucho que ha vuelto la espalda a su genealogía, refugiado en ese pueblo perdido. La identidad de la maestra lo aterroriza. ¿Qué sospechas no hará recaer sobre él la aparición, en su hogar, de esa diabólica parienta perseguida por la justicia? Camila O'Gorman, la sacrílega, acaba de ser denunciada en su presencia. Un círculo de gentes amenazadoras se forma en torno de la pareja. Del centro de la tonsura del sacerdote que acaba de hablar, una enorme mosca verde alza vuelo, gira en furiosos espirales.

La sala, el patio, la casa entera, con los bananos del fondo y los invitados, se disuelven por último en el humo, no ha quedado nadie aquí, tampoco la sirvienta existió, sus trenzas se han desatado y hundo en ellas el rostro, su contacto es espeso y suave, lo único real en esta extensión de arena sin fin. Con una expresión grave y remota Ladislao y Camila se dirigen hacia la puerta, que ya tampoco existe, aturdidos por el grito Del Angel, expulsados del Edén. Son los elegidos, los dueños de una dicha terrible, en el desamparo infinito de todo amor.

Ignoro que asisto a los prolegómenos de un crimen, de una tragedia que se cumplirá lejos de aquí, con el estampido de una descarga contra el paredón de una cárcel. Nadie sabe si es de día o de noche. De todos modos la luna se refleja en el Paraná, soy el testigo de una inescrutable jugada del destino. Miguel Gannon, viscoso cura irlandés, hace un instante, ante Máximo Brandier, reconociéndolo, dijo:

–"¿Cómo está usted, padre Gutiérrez, hace mucho que salió de Buenos Aires...?".

Un trueno sordo coronó la Fiesta de la Delación.





Centro Cultural Teatro Auditorium

Personalidades que actuarán y actividades previstas para el verano en las distintas salas del Centro Cultural Teatro Auditorium, dependiente de Cultura Bonaerense.

Sala Astor Piazzolla

Julio Bocca
Les Luthiers
Los Chalchaleros
"Eva y Victoria" con China Zorrilla y Soledad Silveyra
Iñaki Urlezaga
Maximiliano Guerra
Marcela Morello
Fabiana Cantilo
Lito Vitale / Juan Carlos Baglietto
León Gieco
Memphis La Blusera



Cipe Lincovsky

Cipe Lincovsky y la Orquesta Sinfónica de Bahía Blanca
"La flaca escopeta" con Linda Peretz
Nouvelle Danse
"Aplausos", Anahí Ramos
Festival de Jazz
"Faldas", Magenia Mugica
"Dolska", Grupo El portón
"La danza", Marisa Gozzi
"Viva el tango", Leonard Bacardi
Cine Arte Auditorium

Sala Gregorio Nachman

"Perlas quemadas", de Fernando Noy, con dirección de Quique Canellas
"Al sur del canto" de Suma Paz
"Stefano" con Francisco Cocuzza
"El hombre que nada", con J. Minuchin
"Los protagonistas", de Julio Lascano
"¡Ay, poeta!", Grupo de Teatro del Mar
"Jettatore" de Jorge Ahamendaburu
"El túnel", con Roberto Ibáñez
"Amantes", con Erika Wallner y Carlos Estrada

Teatro Roberto J. Payró

"Cuando florece el corazón", con Beatriz Taibo y Enrique Liporace
"La mesa de los recuerdos", con Homero Cárpena
"Cuestión de hombres", grupo de teatro Barracas al sur
"Zirco Punk", con la dirección de Luis De Mare
"Antología de Zarzuela", director Arturo Vega Godoy
"Movida flamenca" de Mario Campana
"Payrock"

Espacio Nave

"La nave entreabierta", Danzares
"Ricardo III", dirección de Graciela Spinelli
"Mujeres de carne podrida", de Matías Méndez y José María Muscari"Fiestas Rave", con AltoCamet
"Finimondo", con Guillo Castiñeyras

Off Auditorium

"De crédulos y crápulas", teatro en la recova
"Jugarte", espectáculos infantiles en el CEF (piso de deportes)

Foyer alto (café del teatro)

Leo Maslíah
"Dos saxos", Sergio Dawi y Damián Nisenson

Travesia

Mañana y pasado a las 22, la actriz Cipe Lincovsky y la Orquesta de Cámara Ensamble "Ad Hoc", dirigida por José María Ulla, presentarán la Obra TRAVESIA en la sala Astor Piazzolla del Teatro Auditorium.
La pieza, un oratorio para guitarra, percusión, orquesta de cámara y voces, cuenta con texto de José Tcherkasky, música de José Luis Merlín, canto de Livia Barbosa y guitarra de Alberto D'Alessandro.
Aída Bortnik ha dicho de *Travesía*: "Este oratorio nos cuenta con murmullos y fragores que abarcan pasados remotos y presentes inexorables, los tiempos de la guitarra, que son los tiempos del hombre y a todos los celebra. Es imposible no reconocerse en esta obra. En su conmovedora historia poética musical están los sueños y las pesadillas que voz y guitarra, como siempre abrazadas, evocan desde el alma de madera poblada de cantos.
He repetido esta experiencia como espectadora feliz, tantas veces como sus oficiantes me han permitido hacerlo. Y cada vez, cuando se hace el silencio, deseo que recomiencen."

"Cultura a toda costa"

Ciclo de actividades culturales junto al mar.
Otra de las realizaciones previstas por la Subsecretaría Bonaerense para la temporada '99 es Cultura a toda Costa, conjunto de eventos realizados en simultáneo en distintos puntos de las playas de la provincia. La siguiente es una síntesis del programa.

Animación en playas

Once equipos de artistas organizarán diariamente juegos, bailes, actuaciones, concursos, comparsas, a lo largo de toda la costa bonaerense, desde el Partido de Gral. Lavalle hasta Monte Hermoso, invitando a la participación activa de los veraneantes.

Espectáculos itinerantes

Dos circuitos, uno norte y otro sur dividiendo los distritos de la costa bonaerense, con recorrido de dos escenarios itinerantes que permanecerán una semana en cada municipio con presentaciones diarias musicales, teatrales, con charlas, cine y títeres. Se integran los programas "Verde verdad", "Derechos y obligaciones de los Jóvenes Bonaerenses", del Area de Juventud del Consejo de la Familia y Desarrollo Humano.

Recitales en Las Toscas

Durante enero y febrero, delegaciones culturales representativas de cada región bonaerense tendrán oportunidad de mostrar al país su arte en el escenario Las Toscas de la ciudad de Mar del Plata. Las delegaciones culturales estarán integradas por artistas locales y ganadores y finalistas de los Torneos Juveniles Bonaerenses y Torneo Abuelos Bonaerenses.
Lo que fue en diciembre

"Fiestas solidarias"

El viernes 25, en una imponente celebración de Navidad, Mercedes Sosa cantó para más de 50 mil personas cerrando ante las escalinatas de la Basílica de Luján las **Fiestas Solidarias Bonaerenses** que, organizadas por Cultura de la provincia, se llevaron a cabo en los distritos de Lanús, Berazategui y Luján durante los días 11, 12, 19 y 25 de diciembre. En este conmovedor encuentro, la cantante estuvo acompañada por Coral de las Américas, que dirige el maestro Damián Sánchez. Interpretó, entre otros temas, un repertorio basado en "Navidad Nuestra", la obra de Ariel Ramírez sobre textos de Félix Luna.



Mercedes Sosa

Las Fiestas Solidarias, que reunieron en su conjunto a casi 80.000 personas, tuvieron por objetivo destinar a entidades de bien público el total de las entradas (un bono contribución de un peso) y la recaudación de los insumos vendidos. Participaron, entre otros artistas y grupos de música popular argentina, León Gieco, Abel Pintos, Nito Mestre, Miguel Angel Estrella, La Mississipi, Willy Crook, Los Caballeros de la Quema, los Fabulosos Cadillacs, Aquelarre, Memphis, Divididos, la Camerata de la Universidad de Lanús, la Camerata Juvenil Bonaerense y el Cuarteto Dos Puntos de Miguel Angel Estrella.
En cada uno de los megaconciertos se realizaron charlas informando mediante material audiovisual y folletos sobre alternativas de reciclaje ecológico.